

Los persas han sabido, mejor que otras naciones, conservar la memoria de sus tradiciones en documentos escritos. Sin embargo, han compartido la suerte de la mayor parte de los pueblos de la antigüedad, que no quieren legar sus glorias á historiadores extranjeros. No obstante los grandes sacrificios que han hecho por anotar los sucesos de su imperio, sus documentos históricos han desaparecido, á excepcion de un corto número que la casualidad hizo se conservaran (1).

Las inscripciones sobre las ruinas de Persépolis, lo mismo que las de los monumentos egipcios, permanecerán ignoradas mientras que nos falte la verdadera llave de sus alfabetos. Sin embargo, las relaciones de los persas con los demás pueblos, les han procurado en el extranjero historiadores contemporáneos, que hasta en Asia desearon por todos los medios investigar la verdad. Estos son, ó judíos como los analistas Nehemias y Esdras (2) y algunos profetas posteriores, ó griegos, como Herodoto, Ctesias, Jenofonte y Arrieno. Este último recoge casi literalmente sus relaciones de los escritos de los dos compañeros de Alejandro, Aristóbulo y Ptolomeo Lago (3), y es necesario colocarle entre los escritores contemporáneos que fueron testigos oculares de la caída del imperio persa. La crítica de esta obra realza su gran mérito, y hace de ella una de las principales fuentes para la historia de la antigüedad de Persia. La histo-

(1) Los decretos de los reyes de Persia, en los libros de Esdras y de Nehemias.  
(2) De este número podemos decir tambien que es Esther, que es un fiel autor de la corte de Persia.  
(3) Arrieno, en su principal obra *De expeditione Alexandri Magni*. Por sus *Indica*, tomó de Noarca, almirante de la escuadra de Alejandro, y llevó el diario de navegacion, hasta la embocadura del Eufrates. Es necesario no confundir esta obra con la *Periplus maris Erythraei*, de otro Arrieno, que, segun todas las apariencias, es la obra de un viajero, mercader del siglo II.

IV

Pueblos antiguos del Asia.—Los persas.—Situacion geográfica.—Los sátrapas.—Comercio de Persia y sus colonias.—Costumbres.

ria de la retirada de los diez mil por Jenofonte, es rica en enseñanza para el estado interior de los países persas, por más que fuera escrita con carácter puramente militar. La *Cyropedia*, única obra griega que respira el espíritu oriental, no es ménos notable por su grande instruccion. Ciro es una imágen fiel segun el retrato ideal de Dsemchid, Gustaspe y otros nombres cantados en Asia. El velo romanesco de que se halla envuelta su narracion, es peculiar de aquellas comarcas. En los pasajes en que se le ve penetrante al filósofo, émulo de Sócrates y al capitán griego, hacen de su trabajo la obra maestra, tan interesante para el historiador, que de ella se sirve como crítico, como para el estético. Ctesias era médico en la corte de Artajerjes, príncipe contra el cual combatia Jenofonte en la armada de su hermano el joven Ciro. La confianza que supo inspirarse le abrió el camino para registrar los archivos de la Persia, que juntamente con las enseñanzas que le dieron sobre estos lugares, le suministraron las materias suficientes para su historia de la Persia en veintitres libros. Pero desgraciadamente no se conserva de esta gran obra más que un pequeño extracto, que debemos al patriarca Fócio, y además algunos diversos fragmentos (1). Si poseyéramos toda la obra de Ctesias, ocuparia el digno puesto al lado de Herodoto, que entre los autores antiguos moraba en primera fila. Es verdad que Herodoto no vió el Asia más que en calidad de atento y observador viajero; pero el deseo de instruirse, juntamente con su espíritu de pensador profundo, el juicio, el candor y la sencillez en todas sus narraciones, ponen de relieve el sello que le distingue y que le ganaron bien pronto el corazón y la confianza del extranjero, poniendo en consecuencia á su disposicion los mismos recursos que á Ctesias.

El padre de la historia no nos dice expresa-

(1) Se encuentran generalmente á continuacion de las obras de Herodoto.



mente que haya consultado documentos escritos; pero leyendo con alguna atencion sus obras, se verá bien pronto que una multitud de sus relaciones no han podido ser adquiridas de otras fuentes.

La autoridad de estos escritores, mientras que no hablen como testigos oculares, ó que de estos hayan oido sus relaciones, depende del mérito y naturaleza de los documentos escritos. ¿En qué consisten estos? ¿Cómo dieron origen á los archivos persas, de los que se nos habla con tanta frecuencia, sin esclarecer su principio y naturaleza? La historia de Oriente deberia dar principio por la solucion de estas preguntas, sin lo que no puede haber verdadera crítica histórica; y nosotros debemos guardarnos bien de juntar con estos principios ideas modernas extrañas al Asia.

Los persas no tuvieron poetas históricos, y mucho ménos verdaderos historiadores, desconocidos en general en Oriente. Al contrario, su historia está esencialmente ligada á su política, fruto del despotismo que reinaba entre ellos, y de la veneracion casi sobrenatural que tenian por sus reyes. Todo lo que el rey hacia ó decia, era digno de ser conservado. Estaba ordinariamente rodeado de escritores, encargados de observar sus acciones y palabras, y no podian abandonarle un momento, especialmente cuando los autores hebreos y griegos hablan con frecuencia de ellos y en diferentes ocasiones. Iban con el rey á las fiestas (1), á las revistas del ejército (2) y hasta á los campos de batalla (3), reproduciendo las palabras que salian de sus labios en aquellos momentos. Estaban encargados de la redaccion de las ordenanzas ó decretos, que, segun la costumbre de Oriente, eran redactadas á presencia del rey, selladas con su autoridad y expedidas al punto. Este uso no era exclusivo de los persas; estuvo en todo su vigor en los principales pueblos del Asia. Desde los primeros conquistadores mongoles, se empezó ya á hablar de estos escritores del rey (4). Se sabe que Hyder-Alí llevaba en su corte cuarenta escritores cuando aparecia en público (5). Hé aquí, pues, el origen de aquellos diarios ó crónicas reales de

(1) Libro de Esther, 3, 12, 8, 9. Esdras, 6, 1.  
(2) Herodoto, VII, 100.  
(3) Herodoto, VIII, 90.  
(4) Abulgasi, *Hist. des Tartares*, pág. 223. Tambien el soberano actual de Persia tiene su escritor ó analista para hacer su historia. Morier, *Trevels*, I, pág. 200.  
(5) Sprengel, *Hist. Taschenbuche*, Fir 1786. (*Almanaque histórico de 1786*), págs. 247 y 248.

Persia (1), que presentados en las principales capitales del imperio donde residian los reyes, en Suso, Babilonia y Ebactana (2), entraban á formar parte de los archivos de aquel pueblo. La historia que se formaba con estos datos, debia naturalmente ser más bien una historia de la corte que del imperio; y hé aquí precisamente la confirmacion de los fragmentos de Ctesias (3). Tambien en las relaciones de Herodoto sobre la Persia, consideradas bajo este punto de vista, se ven muchas cosas en distinto concepto. Entonces se concibe cómo pudo él referirnos tantos discursos de los reyes de Persia y hasta las anécdotas de sus vidas privadas, todo lo cual hace que sean más autorizados algunos de los documentos más notables de la historia antigua que él nos ha legado. De este número es principalmente la clasificacion que nos da de los pueblos que componian la armada Jerjes, acompañada de la descripcion de sus trajes, armaduras y nombres de sus jefes. De otra suerte, seria imposible que Herodoto hubiese podido saber esto con toda exactitud cuarenta años despues de la expedicion. Tambien hace mencion de la lista que el rey de Persia ordenó hacer á sus escritores despues de la revista de su armada (4), y de la que nos ha conservado una copia, á todas luces probable.

Mas ¿cómo han podido Ctesias y Herodoto hacer uso de estos escritos? ¿Acaso sabian ellos la lengua persa? Y ¿por qué no la sabian? Todas estas preguntas no tienen valor alguno por lo que hace á Ctesias, quien pasó muchos años en la corte de Persia. Por lo que hace á Herodoto, tampoco tienen gran fuerza, si se considera lo mucho que habia viajado por la Persia, y que nos ha traducido muchos términos persas (5). Por otra parte, la magnificencia de los reyes de Persia, así como sus grandes necesidades, exigia que tuviesen á su lado intérpretes de todas las provincias de su imperio, porque sus mandatos se redactaban en todas las lenguas (6). Puede tambien creerse que estos documentos fueran redactados en varias lenguas. Dejamos á la buena crítica el examinar hasta qué punto Herodoto y Ctesias han estudiado aquellas relaciones escritas, porque

(1) Diferan Basilikai, en Ctesias; estas crónicas parece que fueron escritas en pieles ó pergaminos.  
(2) Esdras, 6, 1.  
(3) Véase lo que refiere Esther, 6, 1, 2, segun lo de que el rey llevaba la crónica, y hacia que le leyeran la historia de Mardachai.  
(4) Herodoto, VII, 100.  
(5) Herodoto, VII, 100.  
(6) Herodoto, V.



es cierto que aprovecharon también por otra parte varias otras tradiciones orales, hecho que ellos mismos se complacen en reconocer.

Laméntanse ordinariamente las muchas contradicciones que se encuentran en la historia antigua de la Persia; pero estas son nada más que aparentes en la historia contemporánea. Herodoto y Ctesias no discrepan más que en cosas secundarias, y en las que era difícil llegar á una certeza completa. Comparando las relaciones de los griegos con las de los analistas hebreos, no existe verdadera armonía, si bien tampoco contradicciones. Es muy natural; los últimos no hablan más que de las relaciones de los persas con su nación, y los griegos no se ocupan nunca de esto. La sola dificultad que quedaba en pié, fundada en la diferencia de nombres de algunos reyes, ha sido eliminada por las investigaciones de nuestros eruditos (1). Y tanto menos sorprende, cuanto que las denominaciones ordinarias de los reyes de Persia no eran más que meros títulos ó sobrenombres, cuya significación nos ha dado Herodoto (2). Los sobrenombres podían sufrir cambios y ser traducidos en lenguas diferentes.

No solamente se incurre en algunas contradicciones, sino que, por decirlo así, se forma una nueva historia siempre que se compara con las relaciones de historiadores contemporáneos, las de los analistas y poetas persas de una época más moderna. De este número es el poeta histórico Verdusi, del período del Califato, y también muchos otros analistas de tiempos aún más modernos, entre los cuales fué notable Alirkpond y su hijo, conocido por el sobrenombre Khondemir, para distinguirlo del primero, los dos del siglo XIV. En la exposición de la historia de su pueblo, hacen uso de los documentos escritos, ó siguen las tradiciones conservadas en Oriente hasta los tiempos más próximos á nosotros (3).

Estos escritos son indudablemente de grande utilidad al anticuario, una vez que los familiarice con las ideas de la nación, presentando la historia con los coloridos de Oriente; pero

(1) Eiehoru, *Repertorium*, t. XV.  
(2) Herodoto, VI, 98. Darío se llamaba el poderoso; Jerjes, el guerrero; Artajerjes, el gran guerrero.

(3) En la *Historia general del mundo*, t. IV, p. 318, etc., se encuentra el resumen de la historia de Persia según los datos orientales. El juicio que hemos hecho en el texto no se relaciona más que con la antigua Persia. En cuanto á los períodos posteriores, como el de Sarsesondas, del que Mr. Silvestre de Sacy ha dejado una traducción en sus *Monumentos de la Persia*, no se sabe apreciar su mérito histórico.

no se les podrá atribuir un gran mérito, por poco que conozca la época reciente de sus autores y las alteraciones y cambios inevitables á que está expuesta toda traducción que cuenta una larga serie de siglos. No pueden, pues, ponerse en paralelo con las relaciones de autores contemporáneos; únicamente sobre estas se apoyará nuestro estudio.

El imperio persa debió su origen á una de las grandes revoluciones tan comunes en Asia, y cuya causa y desarrollo ya hemos indicado más arriba. Un pueblo montañoso, bárbaro y casi totalmente nómada, se extendió con rapidez, sometió á todos los países del Asia Meridional, exceptuando la península Arábiga, desde el Mediterráneo hasta el Indo y Yaxartes. Los países más limítrofes de la Europa y de Africa, se desmembraron, y quedaron en parte sujetos á su dominación. A pesar de las diversas rebeliones que estallaron en aquellas comarcas, muchas de las cuales no siempre fueron sofocadas completamente, la Persia mantuvo su imperio por espacio de dos siglos (1).

Las conquistas de los persas se ejecutaron con la rapidez extrema que es inseparable de la manera cómo hacen la guerra los pueblos bárbaros, y especialmente los nómadas. Ya su primer jefe ó caudillo Ciro, subyugó todas las provincias que después se llamaron asiáticas. Aunque los primeros destinos de Ciro estén como velados con las densas nieblas que ordinariamente suele cubrirse la historia de los grandes hombres que súbitamente se ensalzan desde el más humilde puesto, hánse conservado, sin embargo, bastantes noticias de él para poder seguir y trazar la marcha de sus conquistas. Había entonces en Asia tres poderosos imperios, ó más bien tres pueblos dominantes, de quienes los restantes eran tributarios: los medas, allegados de los persas; los babilonios ó caldeos, en el interior; y los de Lidia, en el Asia Menor. Estos últimos, con su rey Crésos, acababan de extender sus conquistas hasta el río Halys, y se habían apoderado de la mayor parte de la península del Asia Menor, lo que daba á su estado casi una grande extensión.

Los imperios de los medas y babilonios eran más antiguos; pero fundados de la misma manera por pueblos conquistadores.

La frontera de la Media era: al Oeste, el Tigris, en cuya extensión había varias plazas fuertes, entre las cuales se cita Mespila y La-

(1) Según la cronología más cierta, Ciro logró el imperio de Asia en 560, y Darío III pereció en 330 antes de Jesucristo.



risa (1). Pero las noticias de autores hebreos contemporáneos (2), y la historia de Herodoto (3) recuerdan que los medas acostumbraban á llevar sus expediciones y sus devastaciones hasta el Asia Occidental y límites del río Halys. La frontera de su imperio, al Este, que parece haber cambiado en las diferentes edades, no puede fijarse con exactitud.

La Media en los primeros tiempos comprendía también la Aria y la Bactriana hasta el Otors y el Indo, formándose con el tiempo dinastías independientes. Es verdad, no obstante, que muchos pueblos quedaron bajo la dominación de los medas. Según Herodoto, su dominación en estos pueblos era relativa á las distancias. Los medas, dice (4), á ejemplo de los persas, se creían ser el primero de todos los pueblos, y trataban á los demás con tanta más altanería y desprecio, cuanto mayor era la distancia que los separaba. En la Media dominaron las naciones unas sobre otras: los medas imperaban en todas, pero particularmente en las que estaban limítrofes, y estas en sus vecinas, y así sucesivamente. Otros pasajes de Herodoto nos demuestran que el gobierno se dividía, como en otros imperios del Asia, en satrapías. Las tribus extranjeras estaban gobernadas por sátrapas medas. Probablemente estas no serían más que clasificaciones de los pueblos; cada sátrapa tenía, á lo que parece, la obligación de percibir los tributos de su vecino, y los más cercanos de la Media estaban sin duda encargados de remitir el total al rey. Antes de la dominación de los persas, los medas eran los más ricos y más civilizados, porque observaban la religión de los magos.

Extendiáanse sus riquezas, no solamente á sus conquistas y tributos que cobraban, sino también á la situación de su país, cruzado por los grandes caminos comerciales del Asia. En la corte de sus reyes, que gozaban de poder ilimitado (5), había un ceremonial muy severo (6), y al mismo tiempo una suntuosa magnificencia. La descripción de la corte de Persia, refundida enteramente en la de los medas, servirá de explicación á este punto.

Los babilonios se habían elevado al más al-

(1) Jenofonte, *Anal. Op.*, p. 308, 309.  
(2) Isaías, 13, 18.  
(3) Herodoto, I, 103, donde el Halys está señalado como frontera.  
(4) Herodoto, I, 134.  
(5) Jenofonte, *Op.*, pág. 13.  
(6) Herodoto, I, 99.

to grado de civilización. Al paso que la Media abrazaba los países situados al Este, desde el Tigris hasta el Indo, la Babilonia, por el contrario, se extendía mucho más hácia el Asia Occidental, desde el Tigris y el Eufrates hasta las riberas de la Siria y de la Fenicia. Antes de Ciro, los de Babilonia eran dueños de todas estas comarcas, 120 años después que Nabucodonosor, fundador de su imperio, había llevado á cabo aquellas vastas conquistas.

Estos tres imperios fueron destruidos sucesivamente por Ciro; una ó dos batallas decidieron de su suerte. Este es el gran fenómeno de las grandes monarquías despóticas, que no tienen otro apoyo que el ejército del déspota y que se derrumban cuando es vencido. La fuerza que un estado adquiere por una buena constitución fuerte de verdadero patriotismo, y de todas las nobles virtudes, hacen imposible su ruina entera, no pudiendo siquiera existir en las naciones en que un despotismo absoluto era la forma general de gobierno.

Un pueblo tan bárbaro como lo eran antes los persas, no podía, dar de pronto una constitución bien organizada á un imperio de una extensión tan inmensa y compuesto de elementos tan diversos. Examinaremos el origen y desarrollo de esta constitución. Una exacta división por provincias, fundada en sus límites geográficos, primera base de la organización política de los grandes imperios, no podía ser obra de los primeros conquistadores. Por más que le fuera de grande necesidad, el limitado círculo de sus conocimientos geográficos les hubiera imposibilitado de todo punto hacerla. Mas estaban tan lejos de sentir esta necesidad, que aun durante los dos primeros reinados no tenían siquiera trazado su plan. Por último, no pudieron llegar á este resultado, á no ser por la necesidad que experimentaban de percibir los tributos de una manera más regular. Tampoco tenían nada determinado bajo este punto de vista en tiempo de Ciro y Cambises; les imponían arbitrariamente á los pueblos vencidos, según las circunstancias y los tiempos; eran presentados al rey, según costumbre de Oriente, con la denominación de dones, es decir, de ofrendas, que por su misma arbitrariedad eran con frecuencia vejatorias. Bajo Darío, hijo de Histospes, el más grande de los soberanos de Persia, se echaron los fundamentos de una organización estable, y se formó el primer plan de una división del imperio en provincias, ó para los persas, satrapías.

Este primer plan, uno de los monumentos más interesantes que nos legó la antigüedad, ha sido conservado por Herodoto, según los do-



cumentos de Persia (1). Familiarizándonos con la historia de Persia, vemos que la lista de satrapías no es de ninguna manera aplicable á los tiempos siguientes. Lleva, por otra parte, de tal manera grabado el sello de un primer ensayo, que sirve para darla mayor interés que el que por sí inspira; porque es necesario no esperar ya aquí una división en provincias segun las demarcaciones geográficas, sino una clasificación de los diferentes pueblos que habitaban los países subyugados, y segun la cuota de los tributos que les eran impuestos. Aún más: estos pueblos ni siquiera están divididos por el orden geográfico; se hallan á veces muy distantes el uno del otro, y se han reunido sin saberse la causa (2).

Ninguna descripción geográfica y estadística puede formarse con la lista de las satrapías de Herodoto. Es, por el contrario, deber del historiador elegir una edad en que la división en provincias haya sido ya sancionada. Esta división data de la última mitad y aun del fin de la monarquía persa. Aunque no se haya con-

(1) Herodoto, III, 89, 97; otros autores han hecho ya notar que la lista de las satrapías de que nos habla Herodoto, no conviene á una época más moderna del imperio de Persia. Para eludir esta dificultad, se estableció que la división de Herodoto no era más que financiera; por consiguiente, distinta de la territorial. Esta explicación es á todas luces falsa. Toda la historia de la monarquía persa no ofrece siquiera el más mínimo indicio de esta distinción, que por otra parte es abiertamente opuesta á sus instituciones; lo que demostraremos al hablar de la hacienda de Persa.

Las instituciones financieras y territoriales se desarrollaron juntamente; y así como á las últimas se las considera actualmente como bárbaras é imperfectas, las otras debieron sufrir también algunas modificaciones. Reunel, que en su *Geography of Herodotus*, nos ha dado un excelente comentario y una buena é importante lista de las satrapías de Herodoto, considera como esencialmente provincial esta división, en la que cada satrapía no comprendería más que pueblos cercanos.

Pero esta opinión está en contradicción con la idea del autor antiguo, que dice expresamente que tanto los pueblos cercanos como los distantes estaban comprendidos en una misma satrapía.

Sin embargo, esto último no parece que tuvo lugar más de dos ó tres veces, y su corta duración no ofrece ninguna utilidad.

(2) Herodoto, III, 89. Por esta lista se ve igualmente, que ha sido hecha, segun los pueblos entonces vencidos ó que se les consideraba como tales, porque muchos de ellos, defendidos ó por sus montañas, ó por sus vastas llanuras, se hicieron bien pronto independientes y no pagaron tributos; ya citaremos de esto algunos ejemplos más adelante.

servado lista alguna verdadera de las satrapías de aquellos tiempos, es fácil formar una, segun las obras de autores contemporáneos, especialmente de Jenofonte y de Arrieno (1).

El imperio persa comprendía entonces los países asiáticos hasta el Indo, en donde Darío, hijo de Histaspes, hizo su expedición. Sin embargo, este río formó siempre la frontera oriental, y así está designado por los autores griegos y hebreos (2).

Admírase con razón por qué los persas no extenderían su dominación á un país que por su riqueza es el más codiciado por los conquistadores; pero es necesario tener en cuenta que durante casi todo el tiempo de su reinado, el Occidente, y sobre todo los griegos, le ocuparon por mucho tiempo, para que hayan podido extender los persas su dominación aún más al Oriente, cuando por otra parte en el interior de la India pueblos belicosos y numerosos oponían límites á su ambición.

En el N., el mar Negro y el mar Caspio, y los montes Cáucos, situados entre ellos, constituyen una frontera natural (3).

La elevada cima del Cáucaso nunca ha sido hollada por los persas ni por ningún conquistador asiático antes de Gengis-Kan.

Los pueblos nómadas más próximos al Norte, en las llanuras de Astrakan, no eran sus tributarios. Pero más allá del mar Caspio su imperio estaba defendido por dos grandes ríos, el Yaxartes y el Oxus, contra los salteadores de las poblaciones mongolas y tártaras. La Saggiana ó Gran Bucaria, situada entre dos ríos, era su provincia extrema. Al S., la Persia estaba limitada por el mar de las Indias y Golfo Pérsico y por la península de Arabia, cuyos desiertos arenosos hacen desconcertar los planes de todo conquistador, y hacia el O. por el Mediterráneo (4).

El Eufrates divide á este gran imperio, por decirlo así, en dos partes; ya era considerado entre los persas como línea de demarcación.

(1) En Esther, I, el número de países gobernados por el rey de los persas se hace subir á ciento ventisiete. De aquí no se sigue que fuesen otras tantas satrapías, porque cada una de estas comprendía ordinariamente varias poblaciones. En dos pasajes hace ver despues que así debe ser entendida y explicada.

(2) Esther, I; Herodoto, IV, 44.

(3) Herodoto, III, 97.

(4) En cuanto á las islas cercanas al Mediterráneo y á los países europeos situados á poca distancia del Helesponto, la naturaleza de sus relaciones con la Persia cambió segun las circunstancias y relaciones variables con los griegos.



Esta división hecha por la naturaleza, facilita mucho la descripción del todo, y por este motivo la adoptamos también aquí nosotros. La parte exterior ó Occidental comprende así la península del Asia Menor, la Siria y la Fenicia; la parte ulterior ó Oriental, los países entre el Eufrates y el Tigris, y desde el Tigris hasta el Indo. Ensayaremos y estudiaremos dichos límites segun su división política.

Pocos países de la antigüedad ofrecen tanto interés histórico como la Natolia, península del Asia Occidental, conocida vulgarmente por Asia Menor. Su posición la hizo teatro de tantas guerras entre los pueblos asiáticos y europeos, donde se decidió la suerte de muchos imperios poderosos. Pero esto mismo la hizo también presa de conquistadores extranjeros. Desde los tiempos de Ciro, que destruyó el imperio de Lidia, ningún pueblo indígena levantó un estado de mayores extensiones y de tanta duración. Es necesario recordar aquí que la Natolia no estaba habitada por una sola nación, sino por un gran número de poblaciones procedentes de Europa y del interior de Asia, ó al ménos establecidas en estos lugares desde los más remotos tiempos. Difieran entre sí, tanto por su civilización más ó ménos adelantada, como por sus orígenes. Los jonios y los de Lidia, voluptuosos, cuya voluptuosidad ha quedado en proverbio, vivían al lado de los salvajes habitantes del Ponto, de los cuales una parte moraba en los bosques, mientras que la otra llevaba una vida nómada con sus carros. Herodoto cuenta treinta poblaciones distintas extendidas sobre esta península (1), y su número se ha ido aumentando sucesivamente. Esta sola diversidad, independientemente de las continuas sacudidas de afuera á que este país estaba expuesto, hubiera ya opuesto grandes dificultades para la formación de un solo estado independiente.

Los persas eran dueños del país; pero sus relaciones no eran de ninguna manera las mismas con todos sus habitantes. Una dominación fundada en conquistas y por la fuerza, puede desde luego no marcar diferencias con las naciones vencidas; pero bien pronto las establece, y el despotismo reviste formas diferentes segun las localidades, el género de vida y la constitución de los vencidos. Los persas aprendieron pronto, á costa suya, que las naciones libres y comerciales, como los griegos del Asia Menor, aun cediendo á la necesidad, no doblan siempre su cerviz al yugo extranjero. Podían muy bien, con ayuda de su

(1) Herodoto, IV, 38.

numerosa caballería, someter los países llanos; pero no con la misma facilidad los montañosos. Hé aquí ya cómo se explica que pudiesen encontrar en medio del imperio persa pueblos montañosos libres, que supieron conservar su libertad, ó por la imposibilidad en que estaban de acercarse á ellos, ó porque eran demasiado pobres para que lo intentaran siquiera los conquistadores; y por último, por qué los persas vencedores no podían ejercer sobre ellos más que un poder incierto y limitado por las circunstancias; pues por poderoso que parezca el despotismo de afuera, es tanto más débil el de dentro; la anarquía le acompaña ó le sigue de cerca.

El Asia Menor comprendía entonces diez países ó satrapías, comparables por la extensión con los círculos del imperio germánico (1). La Lidia, la Alysia y la Cária, eran los tres países más ricos y mejor cultivados de la costa occidental. La Frigia y la Capadocia, como los países del centro, estaban enteramente sumisos á la dominación de los persas, á excepción de las ciudades griegas que allí se encontraban. La soberanía de los persas estaba ménos asegurada en los países montañosos del Sur, la Licia y la Cilicia, lo mismo que en los tres países septentrionales, la Bitinia, la Paflogonia y el Ponto, que entonces llevaban el nombre de Pequeña Capadocia.

La satrapía de Lidia (2) era la más rica del Asia Menor, y los persas la consideraron siempre como la primera y más importante, porque dominaban los lidios desde la conquista persa. Sardis, capital y antigua residencia de los reyes de Lidia, era entonces morada de los sátrapas (3); y los reyes de Persia, cuando iban

(1) Citaremos las autoridades por cada país que formaba una satrapía. Las palabras de nuestro texto «ó tantas satrapías» serán también explicadas. No todos los países fueron verdaderas satrapías; pero debían serlo una vez que se habían hecho más ó ménos independientes. Segun la organización primitiva de Darío, las naciones del Asia Menor habían estado divididas en cuatro satrapías (Reunel, página 233); pero en ninguna parte del imperio persa han sufrido más cambios sus instituciones que en aquellas comarcas donde las relaciones y las guerras con los griegos, igualmente que las distancias enormes de sus capitales, necesitaban frecuentemente cambios.

(2) La Lidia, juntamente con la Jonia, ó parte litoral, es considerada como satrapía por Arrieno, I, 12; Jenofonte, *Op.*, 427, y en otras partes.

(3) Herodoto, V, 100; Jenofonte, *Anal. Op.*, página 245.]